

Desobediencias. Cuerpos disidentes y espacios subvertidos en el arte en América Latina y España: 1960-2010

Juan Vicente Aliaga y José Miguel G. Cortés

Barcelona-Madrid: Egales, 2014. 192 pp. ISBN: 978-8415899-68-6.

Desobedecer implica un proceso y una actitud vital de rechazo y confrontación a las formas sociales normalizadas por las lógicas que dirigen el mundo contemporáneo. Los movimientos de desobediencia civil han operado ante él desde diferentes estrategias de rechazo a procesos de discriminación, como aquel primero iniciado por Gandhi en los años 1910 solicitando la independencia de la India de los británicos. Desde aquel entonces, el paso del capitalismo liberal al neoliberal ha mutado el reconocimiento de las tradicionales formas de opresión colonial y de clase a otras operaciones de dominación. En este sentido, las formas clásicas de discriminación han asumido su dimensión micropolítica: aquella del inconsciente y la vida cotidiana donde se filtran discursos y prácticas racistas, xenófobas, homófobas, transfóbicas u obesofóbicas, entre otras. En los últimos treinta años, esto ha implicado un desmontaje que apunta no solo a las formas macropolíticas del poder, sino también a su constitución subjetiva, es decir, a la capacidad ampliada del capitalismo para infiltrarse en nuestras vidas cotidianas y privadas. Por ello, no es lo mismo desobedecer en los años diez que en los ochenta con el desarrollo del neoliberalismo a nivel global.

Por otro lado, las coordenadas geopolíticas han determinado tanto los modos de opresión como de resistencia a las diferentes formas que conlleva este modelo económico: no es lo mismo vivir el capitalismo desde el norte que desde el sur. En este sentido, Félix Guattari planteó el desarrollo del neoliberalismo como una forma "capitalística" que se expande al antes llamado Tercer Mundo en los procesos de subjetivación, incidiendo en cómo este sistema se reproduce de forma diferenciada en la geografía global. Desobedecer desde América Latina y desde Europa sería entonces diferente en cuanto ejercicio micropolítico de transformación de la vida cotidiana.

Aquí reside el primer espacio de debate del libro *Desobediencias. Cuerpos disidentes y espacios subvertidos en el arte en América Latina y España: 1960-2010*, de Juan Vicente Aliaga y José Miguel G. Cortés, publicado por Egales, una casa editorial dedicada a la publicación de libros LGTBQ en "España y Latinoamérica". Resulta paradójico poner en un mismo lugar, sin una crítica radical, la exmetrópoli y las excolonias, pues deja sin cuestionar la pervivencia de procesos coloniales de desigualdad entre unos territorios y otros, entre unos sujetos y otros —a pesar de que los autores reconozcan que la universidad española "peca de un sesgo claramente colonial"—. Se pondrían así sobre la palestra las jerarquías existentes entre diferentes discursos subalternos: ¿cómo imaginar



una interseccionalidad que ponga en juego estos elementos? ¿Cómo articular las tensiones geopolíticas del norte y del sur con las políticas corporales?

Resulta sintomática al respecto la eliminación del concepto “sexual” del título de este libro por parte de dos autores que se han centrado en esta disidencia. No hace falta más que mencionar un volumen clásico que publicaron en Valencia en 1993 junto a Ricardo Llamas, *De amor y rabia. Acerca del arte y el SIDA*. Sin duda el SIDA, así como el modelo neoliberal que se implanta y distribuye de forma global paralela a la pandemia, constituyen elementos fundantes de las formas subterráneas e inconscientes de dominación que ha inventado el capitalismo, y que los autores bien han sabido identificar y trabajar desde momentos tempranos de la pandemia.

309

Desobediencias es un libro articulado por dos ensayos diferentes escritos por cada uno de los autores. Se trata de un libro bicéfalo, que opera en una dialéctica interna entre dos maneras diferentes de ejercer la escritura y de investigar la práctica artística. Cada texto parte de experiencias muy diferentes con lxs artistas y las obras, lo que genera una distancia radical entre ambos.

El texto de Juan Vicente Aliaga, profesor de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Politécnica de Valencia (titulado “Dos frentes abiertos en el heteropatriarcado”, 13-91), aborda una crítica amplia a la producción artística que enfrenta problemas feministas. El autor utiliza una metodología transhistórica que no atiende a cronologías sino a temas, los cuales van desde la violencia contra las mujeres a la teoría cuir, pasando por los debates sobre el trabajo sexual, la maternidad, la relación entre disidencia sexual y dictaduras, religión y el VIH/SIDA. Aliaga aborda y analiza multitud de prácticas muy diferentes entre sí: desde aquellas *performances* de los años setenta de Ana Mendieta a la contemporaneidad de Felipe Rivas en Chile; del conceptual catalán con Eulàlia Grau a la guatemalteca Regina José Galindo, de Diamela Eltit en los ochenta al joven *performer* mexicano Lechedevirgen Trimegisto, pasando incluso por prácticas a caballo entre el campo del arte y el activismo, como son los casos de Mujeres Creando en Bolivia, Mujeres Públicas en Argentina y LSD en España.

El texto da cuenta de una serie de tensiones entre la macro- y la micropolítica vinculadas al cruce entre los territorios corporales y nacionales, constituyéndose en una caja de herramientas —que es también una caja de Pandora— donde se reúnen prácticas artísticas divergentes en términos temporales, geopolíticos y hasta ideológicos en cuanto al modo en que entienden y trabajan con los feminismos en función de su contexto de enunciación, rescatando del olvido a muchas de ellas.

Por su parte, “El cuerpo de la ciudad: mapas del deseo” (93-185), de José Miguel G. Cortés, director del IVAM de Valencia, aborda ciertas cuestiones relativas al uso del espacio público por parte de artistas que rompen con la segregación espacial que se ha establecido en la ciudad moderna. Si bien el autor propone una lectura de clase, de género, de edad, de opción sexual..., su análisis remite principalmente a cuestiones de disidencia sexual de homosexuales y lesbianas.

Centrado en el caso español, Cortés pone en relación a artistas como los españoles Ocaña y Nazario con el chileno Lemebel, identificando que todos tendrían una procedencia geográfica periférica (andaluza o mestiza), sin distinguir la diferencia abismal entre provenir del sur de Europa y de una excolonia. Incluso la gran mayoría de los artistas latinoamericanos que menciona no vivían o viven en América Latina, sino en Europa o EE.UU., como Félix González-Torres o Alexander Apóstol, lo que revela un desconocimiento de las escenas latinoamericanas que contrasta tajantemente con el texto de Aliaga. El último de los capítulos de Cortés aborda las “ciudades on-line”. En él indica que estaríamos creando una ciudad virtual inmensa donde parece que no existe ninguna restricción o que esta se encontraría en todas partes y llegaría a cualquier rincón: ciudades sin fin que hacen posible cualquier desplazamiento. Con estas afirmaciones, el autor omite la desigualdad digital a nivel geopolítico, así como las formas de discriminación transfóbicas, plumófobas y eurocéntricas de esa supuesta libertad de la red.

A falta de unas conclusiones en el libro, quisiera volver a la complejidad de enunciar desde Europa un paralelismo entre las prácticas artísticas de la exmetrópoli y las antiguas colonias. Poner a un mismo nivel de análisis los contextos españoles y latinoamericanos es, sin duda, una empresa que da cuenta de la pervivencia de los procesos coloniales y de lo que la psicoanalista brasileña Suely Rolnik ha enunciado como un “inconsciente colonial”. Si bien resulta de sumo interés el rescate de multitud de prácticas que no han entrado en el canon de la historia del arte, aún queda pendiente discutir las formas en que se tejen los pasados y presentes comunes de los supuestos márgenes.

Francisco Godoy Vega

(Universidad Autónoma de Madrid)